

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XIX: ERNEST RENAN

POR

ESTANISLAO CANTERO

*Para mis amigos Miguel Ángel
Bazaco y Manuel Hernández-Tejem.*

Ernest Renan (1823-1892), procedía de una familia de escasos recursos económicos y, huérfano de padre desde los cinco años, fue educado en el colegio católico de Tréguier; más tarde, en octubre de 1838, entró como becario en el Seminario de San Nicolás de Chardonnet que dirigía Dupanloup, donde permaneció tres años; posteriormente fue seminarista en los seminarios de Issy y de San Sulpicio (1). Seminarista sin auténtica vocación (2), en 1845, según se ha repetido hasta la saciedad, por “razones estrictamente intelectuales abandona la fe católica” (3), o, en palabras de alguno de sus apologetas, por motivos “exclusivamente «filológicos»” (4), pues, según Peyre, “no hay por qué dudar de la afirmación de Renan de que perdió la fe por razones de orden crítico y filológico” (5), o por razones científicas y de espíritu crí-

(1) Ernest RENAN, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, cronología e introducción de Henriette Psichari y notas de Laudice Rétat, GF-Flammarion, 2002.

(2) Edmond RENARD, *Renan. Les étapes de sa pensée*, Librairie Bloud et Gay, París, 1928, págs. 8 y sigs.; Francis MERCURY, *Renan*, Olivier Orban, París, 1990, pág. 93.

(3) Michel WINOCK, *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*, Éditions du Seuil, París, 2002, pág. 508.

(4) André CRESSON, *Ernest Renan. Sa vie, son oeuvre*, Presses Universitaires de France, París, 1949, pág. 8.

(5) Henri PEYRE, *Renan*, Presses Universitaires de France, París, 1969, pág. 37.

tico (6), sin que influyera para nada la atracción hacia el sexo débil (7), pues Renan no conoció otra mujer que su esposa, Cornélie, protestante, hija del pintor Henry Scheffer (8), con la que contrajo matrimonio (con ceremonias protestante y católica), en 1856.

A finales de 1845 conoce a Marcelin Berthelot, quien, aunque varios años más joven, contribuirá a afianzar el cientifismo de Renan. Entre ambos surgió una amistad que duró hasta la muerte de Renan (9). En agosto de 1848 obtiene la agregaduría en letras, pero renuncia a la enseñanza de la filosofía en Vendôme, obteniendo una sustitución en Versailles el año siguiente. En 1852 es doctor en letras y diez años más tarde es nombrado catedrático de hebreo en el Colegio de Francia, pero es destituido cuatro días después de su lección inaugural por su interpretación de Jesucristo. Vuelve a la cátedra en noviembre de 1870, tras la abdicación de Napoleón III. En 1860 es nombrado Caballero de la Legión de Honor, Oficial en 1878, Comendador en 1884 y Gran Oficial en 1887. En 1878 es elegido académico de la Academia francesa y toma posesión en 1879.

(6) Jean BALCOU, *Renan, un celté rationaliste*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 1997, pág. 14.

Igualmente, entre otros muchos, pues es la idea más difundida; así, de entre los autores citados en este trabajo, por ejemplo, Emile FAGUET (*Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série. Stendhal, Tocqueville, Proudhon, Sainte-Beuve, H. Taine, E. Renan*, Société Française d'Imprimerie et de Librairie, París, 1890, pág. 323), Philippe VAN TIEGHEM, *Renan*, Librairie Hachette, París, 1948, pág. 51; Francis KAPLAN, "Du Dieu d'Abraham, d'Isaac et de Jacob au Dieu en devenir", *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, núm. 4, octubre-diciembre 1987 (págs. 403-423), págs. 403-404; Philippe BARRET (*Ernest Renan. Tout est possible, même Dieu!*, François Bourin, París, 1992, págs. 45-49), Annie PETIT ("La formation de l'esprit scientifique d'Ernest Renan", en Jean BALCOU [coord.], *Ernest Renan et les souvenirs d'enfance et de jeunesse: la conquête de soi*, Honoré Champion, París, 1992, págs. 37-65); o Francisco PÉREZ GUTIÉRREZ (*Renan en España*, Taurus, Madrid, 1988, págs. 28 y 82).

(7) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 55. Renard lo achacará a la filosofía, pero también, en cierta medida, a la sensualidad (E. RENARD, *Renan...*, ed. cit., págs. 44-76).

(8) Jean PSICHARI, *Ernest Renan. Jugements et souvenirs*, Les Editions du Monde Moderne, París, 1925, pág. 151.

(9) E. RENAN et M. BERTHELOT, *Correspondance. 1847-1892*, Calmann Lévy, París, 1898.

La publicación de la *Vida de Jesús* en 1863, le hizo famoso, también fuera de Francia; sin ella no hubiera pasado de ser un buen escritor, lejano al gran público y al que la posteridad no hubiera tardado en olvidar. Al morir, por propia disposición, no tuvo el concurso de los auxilios espirituales de ningún sacerdote, y ya había advertido que, si en su caso, variaba su conducta respecto a la religión, sería fruto de su debilidad mental, pero nunca de una decisión reflexionada (10). Poco antes de su muerte, al parecer, expresó: “Muero en comunión con la humanidad y con la Iglesia del futuro” (11).

Las vicisitudes de su apostasía han quedado expuestas en un relato desgarrador que busca enternecer el corazón del lector. Sin embargo, las propias contradicciones de sus *confesiones* permiten pensar que no fue del todo sincero y veraz cuando escribió: “mi fe se destruyó por la crítica histórica, no por la escolástica ni por la filosofía” (12). En efecto, la lectura de la recreación de su pasada juventud nos transmite una buena dosis de afectación, de una reconstrucción (13) a la mayor gloria de su *honradez intelectual*. El estudio del hebreo, de la teología y de la historia con *espíritu crítico*, alegado como causa de su convicción de que “no hay sobrenatural particular ni revelación momentánea” (14), sino “un universo en el que no obra de forma apreciable ninguna voluntad libre superior a la del hombre” (15), no se produjo hasta su llegada a San Sulpicio en octubre de 1843. Y fue, antes, en Issy, donde

(10) E. RENAN, *Souvenirs...*, ed. cit., pág. 215.

(11) Henriette PSICHARI, *Renan d'après-lui-même*, Librairie Plon, París, 1937, pág. 288.

(12) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 161; cfr. 179 y 189.

(13) Gaulmier ha observado que Renan “no se *relata* sino que se *juzga*; y lo hace olvidando y ocultando lo que fue en su juventud en virtud de lo que era al escribir sus *Souvenirs* (Jean GAULMIER, “A propos des «Souvenirs d'enfance et de jeunesse». Quelques problèmes de l'autobiographie”, en Jean BALCOU (coord.), *Ernest Renan et les souvenirs d'enfance et de jeunesse: la conquête de soi*, ed. cit. págs. 93-105; cit., págs. 100-105).

(14) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 198. Tal pensamiento se lo debe a su amigo, el químico orgánico, Marcelin Berthelot, según indica Chauvin (Charles CHAUVIN, *Renan (1823-1892)*, Desclée de Brouwer, París, 2000, pág. 31).

(15) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 198; cfr. 283-285.

realmente perdió la fe por motivos filosóficos. Ya al llegar a Issy, donde ingresó en octubre de 1841 y permaneció dos años, tenía “las heridas de una fe profundamente tocada” (16); fue aquí donde, según sus propias palabras, perdió toda confianza en la metafísica que le enseñaban y adquirió la convicción positivista (17): “La ciencia positiva era para mi la única fuente de la verdad” (18). Fue allí y no en San Sulpicio, cuando aun no había comenzado el estudio del hebreo y de la crítica histórica y teológica, de donde dice: “comprendí la insuficiencia de lo que se llama espiritualismo; las pruebas cartesianas de la existencia de un alma diferenciada del cuerpo me parecieron siempre muy débiles; desde entonces era idealista y no espiritualista, en el sentido que se da a esta palabra. Un eterno *fieri*, una metamorfosis sin fin, me parecía la ley del mundo. La naturaleza me parecía un conjunto en el que la creación particular no tenía sitio” (19); “mi filosofía del *fieri* era la heterodoxia, pero no sacaba las consecuencias” (20). Y desde Issy, en mayo de 1842, escribía a Liart: “soy, sucesivamente, deísta, panteísta, autoteísta, idealista, materialista” (21). Según Pommier, en diciembre de 1843, cuando recibe la tonsura, a los pocos meses de ingresar en San Sulpicio y antes de que comenzaran sus estudios de crítica, ya “creía poco y mal” (22).

(16) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 152.

(17) Recientemente me he ocupado de algunos autores positivistas: E. CANTERO, “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Saint-Simon”, *Verbo*, núm. 441-442, enero-febrero 2006, págs. 101-114; “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Auguste Comte”, *Verbo*, núm. 443-444, marzo-abril 2006, págs. 293-315; “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Emile Littré y Pierre Larousse”, *Verbo*, núm. 445-446, mayo-junio-julio 2006, págs. 459-469.

(18) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 158.

(19) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 158.

(20) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 162.

(21) Citado por Annie PETIT, “La formation de l’esprit scientifique de Renan”, ed. cit., pág. 51. Chauvin, que sustituye autoteísta por antiteísta y suprime materialista, atribuye la frase a una carta dirigida a su hermana (C. CHAUVIN, *Renan*, ed. cit., pág. 22); es cierto que se pudo tratar de dos cartas de contenido similar aunque no idéntico.

(22) Jean POMMIER, *La jeunesse cléricale d’Ernest Renan. Saint-Sulpice*, Publications de la Faculté des Lettres de L’Université de Strasbourg, 1933, pág. 234.

Interpretación que coincide con el testimonio de quien fuera “su mejor amigo en el seminario” (23), el del sacerdote Cognat, que años más tarde, tras la aparición de los *Souvenirs* de Renan, manifestó que “no fue la exégesis sino la filosofía alemana (...) la causa ocasional del escepticismo radical” de Renan, de modo que “su escepticismo religioso fue la consecuencia de su escepticismo racional y antes de perder la fe había rechazado los primeros principios de la razón” (24). Y el mismo Renan, en 1870, en carta a Strauss, manifestaba que su fe se había perdido a causa de la filosofía alemana (25).

Tenía, pues, razón, Massis (26) cuando indicaba que no fueron *motivos científicos* los que provocaron “su crisis religiosa”, sino la adopción de un modo de sistema filosófico propio de un racionalismo idealista incompatible con la fe (27) y la influencia de su hermana Enriqueta que había perdido la fe (28). A análoga con-

(23) E. RENAN, *Souvenirs...*, ed. cit., pág. 186, nota.

(24) J. COGNAT, *M. Renan. Hier et aujourd'hui*, Jules Gervais, Libraire-Editeur, París, 1886, págs. 12 y 13; cfr. 111-112.

(25) E. RENAN, “Lettre a M. Strauss”, en *La réforme intellectuelle et morale*, Calmann-Lévy Editeurs, París, 12ª ed., 1929, pág. 168.

(26) Henri MASSIS, *Jugements. Renan, France, Barrès*, Plon, París, 6ª ed., 1923, pág. 38.

(27) Lasserre, en cambio, considera que en la etapa de Issy “la filosofía” debilitó su fe, aunque todavía le dejó “una creencia extremadamente frágil y como desmantelada”; y que fue su estancia en San Sulpicio, con el estudio de la exégesis y la crítica de las Escrituras, donde aquella fe desapareció: “La crítica la consumó” (Pierre LASSERRE, *La jeunesse d'Ernest Renan. Histoire de la crise religieuse au XIX siècle*. Tomo II: *Le drame de la métaphysique chrétienne*, Librairie Garnier Frères, París, 1925, pág. 219).

(28) H. MASSIS, *Jugements*, ed. cit., págs. 42-50.

Lasserre, al contrario, negó que su hermana le instigara a abandonar la Iglesia o que influyera en su pérdida de la fe, Pierre LASSERRE, *La jeunesse d'Ernest Renan. Histoire de la crise religieuse au XIX siècle*. Tomo I, *De Tréguier a Saint-Sulpice*, Librairie Garnier Frères, París, 1925, pág. 257.

Massis acude a la correspondencia entre ambos, mientras que Lasserre se limita al testimonio de Renan vertido en *Ma soeur Henriette*. Es posible que cuando le visitaba en Issy, antes de marchar a Polonia, fueran ciertas esas palabras que cita Lasserre: “sabía el respeto que merece la fe de un niño. Nunca me dijo una palabra para desviarme de una línea que seguía con toda espontaneidad”. Pero no parecen, ya, tan exactas estas otras relativas a su abandono de San Sulpicio: “se había guardado siempre de ejercer sobre mí ninguna influencia a este respecto” (E. RENAN, *Ma soeur Henriette*, trad. esp., *Mi hermana Henriette*, La Gaya Ciencia, col. Moby Dick, Barcelona, 1978, págs. 25 y

clusión llegaron Guitton (29) o Chaix-Ruy (30), pues no perdió la fe por el ejercicio de la crítica, sino que fue todo un contexto filosófico el que, en Issy, le hizo abandonar la fe (31).

Sin duda, la deficiente formación filosófica del seminario, a la que alude en sus *Souvenirs*, reñida con el tomismo —como era habitual en aquellos años (32)—, en donde se enseñaba “un cartesianismo mitigado” y la filosofía estaba impregnada de “un racionalismo muy respetable” (33), contribuyeron a su drama personal, pero ello no puede considerarse como la causa de su apostasía, sino más bien como ocasión para que su personalidad orgullosa y ególatra se manifestara en toda su plenitud.

Se ha insistido mucho, por la mayoría de los autores, en el largo proceso, en la larga crisis de Renan, hasta que en octubre de 1845 decide abandonar el seminario. Pero en su drama personal no sólo se debatía lo más importante, sus creencias, sino, también, algo más efímero y cotidiano, su futuro; de qué y cómo viviría si abandonaba el seminario. Y fue este segundo aspecto el que le hizo prolongar su estancia en el seminario y posponer la decisión de abandonarlo, una vez perdida la fe. Al llegar el momento del

33). Como es sabido, este opúsculo está escrito a la mayor gloria de su hermana, por lo que no es de extrañar que se ocultara su influencia; además, de ese modo, se realza, sin duda, el propio criterio de Renan y su capacidad de discernimiento. Por la correspondencia entre ambos hermanos sabemos que son inexactos esos recuerdos de Renan correspondientes a la última cita, que continúa de este modo: “cuando le hice partícipe de las dudas que me atormentaban y que convertían en deber el abandono de una carrera que requiere la fe absoluta, se mostró encantada, y ofreció facilitarme tan difícil paso” (*Ma soeur...*, ed. cit., págs. 33-34). Esas “dudas” las conocía su hermana desde mucho antes. Además, Renan, en su prólogo a *Feuilles Détachées*, escribe que su hermana “a los veinte años —[por tanto, en 1843]— me arrastró al camino de la razón y me tendió la mano para atravesar un paso difícil” (E. RENAN, *Oeuvres Complètes*, edición de Henriette Psichari, Calmann-Lévy, París, 1948, tomo II, pág. 950).

(29) Jean GUITTON, *Renan et Newman*, Aubier Editions Montaigne, Aix, 1938, pág. 19.

(30) Jules CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, Emmanuel Vitte, Lyon, 1956, págs. 68 y 78.

(31) Uno de sus últimos biógrafos, Mercury, sigue insistiendo en que al finalizar Renan sus estudios en Issy sólo dudaba de su vocación religiosa pero no de sus convicciones católicas (F. MERCURY, *Renan*, ed. cit., pág. 154).

(32) Véase la exposición crítica en Pierre LASSERRE, *Renan et nous*, Bernard Grasset, París, 1923, págs. 77-137.

(33) E. RENAN, *Souvenirs...*, ed. cit., pág. 156.

subdiaconado ya no era posible dilatar más una decisión que traía causa de su anterior rechazo de todo aquello que no fuera demostrado por la razón. Los años de San Sulpicio le permitieron avanzar extraordinariamente en el estudio, especialmente del hebreo y contribuirían a resolver su futuro. De hecho, en el supuesto de que no hubiera dejado de creer, es lo cierto que en octubre de 1842, como recuerda Chaix-Ruy, Renan ya carecía de vocación y, sin embargo, se debatía con la idea de si, a pesar de ello, no le convendría la vida sacerdotal (34).

Una vez perdida la fe, Renan no se limitó a abandonarla, sino que fue beligerante contra la religión que había profesado y contra la Iglesia a la que había pertenecido, de tal modo que, sin exageración alguna, se pudo decir que “buscó la destrucción del fundamento intelectual de la fe, del espiritualismo cristiano, de los milagros” (35). Ya Cognat había observado que la finalidad de toda su obra era la demolición de la civilización cristiana (36). Esta obsesión en combatir los milagros fue recurrente y permanente (37).

A pesar de que reiterara su respeto a la Iglesia y a las creencias de los demás (38) —lo que no le impediría, por ejemplo, escribir a George Sand: “pienso, como usted, que el cristianismo dogmático en la actualidad hace más mal que bien, que apaga, sobre todo en Francia, muchas fuerzas vivas, que perjudica inmensamente al progreso del espíritu humano” (39)—, lo cierto es que

(34) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., págs. 62-63.

(35) H. MASSIS, *Jugements...*, ed. cit., pag. 58.

Véase E. RENAN, *L'avenir de la science*, introducción, cronología y bibliografía de Annie Petit, GF-Flammarion, París, 1995, págs. 114, 115, 128, 296.

(36) J. COGNAT, *M. Renan. Hier et aujourd'hui*, ed. cit., pag. 296.

(37) E. RENAN, *Études d'histoire religieuse*, edición de Henriette Psichari, Gallimard, París, 1992, págs. 16, 119, 158, 162; *Diálogos filosóficos*, F. Sempere y Compañía, Valencia, s.f., pag. 25.

(38) Así, se ha repetido inexplicablemente, incluso por historiadores y críticos consagrados por su seriedad, como Winock, que indica de Renan: “Demasiado respetuoso de la fe de los demás, comenzando por la de su madre. No declara ninguna guerra al cristianismo” (M. WINOCK, *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*, ed. cit., pag. 519).

(39) E. RENAN, “Carta a George Sand, agosto de 1863”, en *Oeuvres Complètes. Tome X, Correspondance. 1845-1892*, edición de Henriette Psichari, Calmann-Lévy, París, 1961, págs. 381-382. Prácticamente lo mismo le había escrito el 14 de agosto de 1859 a Montalembert (*Ibidem*, pag. 251).

enseñaba que la obra de la Iglesia y de la religión católica no había sido más que una rémora que había que abandonar y sustituir por otra cosa diferente: “La espantosa aventura de la Edad Media, esa interrupción de mil años en la historia de la civilización, fue menos la obra de los bárbaros que del triunfo del espíritu dogmático en las masas”; “durante mil años, el mundo ha sido un desierto en el que no germinaba ninguna flor” (40). Las expresiones beligerantes contra la Iglesia no faltan en su obra: “La Iglesia y el brahmanismo reposan sobre un error y apoyan una doctrina falsa sobre una creencia infundada” (41). “Los dogmas cristianos han tenido el privilegio durante largos siglos de tostar a los que se atrevían a negarlos” (42).

Incluso en *La reforma intelectual y moral*, al señalar los males de la democracia, aflora su inquina. Así, la democracia fabrica, “al igual que el catolicismo retrógrado, la insuficiencia de nuestra educación nacional”; y ninguna reforma será posible sin un término medio entre “la democracia falsa” y “el catolicismo estrecho”, vaticinando, a causa de la invasión de Roma, un cisma que supondrá “la descomposición del catolicismo” (43). Y es que para Renan, una de las causas del mal que padecía Francia era haber permanecido católica: “Francia quiso permanecer católica y sufre sus consecuencias. El catolicismo es demasiado jerárquico para dar un alimento intelectual y moral a la población; hace florecer el misticismo trascendente junto a la ignorancia; carece de eficacia moral; provoca efectos funestos en el desarrollo del cerebro. Un alumno de los jesuitas jamás será un oficial capaz de oponerse a uno prusiano; un alumno de las escuelas elementales católicas jamás podrá hacer la guerra moderna con las armas perfeccionadas. Las naciones católicas que no se reformen serán siempre infaliblemente vencidas por las naciones protestantes” (44).

(40) E. RENAN, *Souvenirs...*, págs. 44 y 77.

(41) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. 94-95.

(42) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. 91.

(43) E. RENAN, *La réforme intellectuelle et morale*, Calmann-Lévy Editeurs, París, 12ª ed., 1929, págs. 64, 107 y 110.

(44) E. RENAN, *La réforme...*, ed. cit., pág. 97.

La educación de la Iglesia, según Renan, “redujo el espíritu humano durante seiscientos o setecientos años a una completa nulidad; acordaos de lo que fueron los siglos VI, VII, VIII, IX, X: un largo sueño durante el cual la humanidad olvidó toda la tradición sabia de la antigüedad y recayó en plena barbarie” (45). No son, pues, correctas, las interpretaciones, frecuentes, como la de Lasserre (46), que sostiene que “siempre mostró su aprecio por la educación católica”. Monod, en una obra carente del más mínimo espíritu crítico (47), sin embargo, con todo acierto, escribió de él: “nadie ha excluido de la historia lo sobrenatural con tanta resolución” y que “la Iglesia no se equivocó al ver en él al más temible de sus adversarios” (48). Medio siglo después, otro autor apologeta de Renan, se regocijaba con su “trabajo de demolición necesaria” del cristianismo, “aferrado a dogmas ruinosos” (49). Si a todo esto se añade, sobre todo, lo que supuso para el mundo católico la presentación de Cristo como un impostor encantador en la *Vida de Jesús*, la queja de su nieta por “la guerra sin cuartel que la Iglesia declaró a Renan en 1862” (50), carece de fundamento, salvo que se piense que tenía que ser intocable (51). En realidad,

(45) E. RENAN, “La part de la famille et de l’Etat dans l’éducation” (1869), en *La réforme intellectuelle et morale*, Calmann-Lévy Editeurs, París, 12ª ed., 1929, pág. 318.

(46) P. LASSEIRE, *La jeunesse d’Ernest Renan...*, ed. cit., tomo I, pág. 141.

(47) Gabriel MONOD, *Les maîtres de l’histoire: Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, París, 1894.

Silencia Monod la obra de Renan *La réforme intellectuelle et morale*, así como su cambio (aunque no fue definitivo) tras la derrota de Sedan, a lo que no alude en absoluto, sin duda para no *obscurecer* el retrato librepensador de Renan.

(48) G. MONOD, *Les maîtres...*, ed. cit., págs. 43 y 41.

(49) Maurice WEILER, *La pensée de Renan*, Bords Frères, Les Editions Françaises Nouvelles, Grenoble, 1945, págs. 207 y 206.

(50) H. PSICHARI, *Renan d’après-lui-même*, ed. cit., pág. 91.

(51) Un ejemplo de esta crítica refutadora de las pretensiones de Renan puede verse en la Pastoral del Obispo de Nimes (Claude Henri Augustin PLANTIER, *Instruction Pastorale de Monseigneur l’Eveque de Nimes. Au Clergé de son Diocèse contre un ouvrage intitulé Vie de Jésus, par Ernest Renan*, Typographie Soustelle, Nimes, 1863), rebatiendo los principios de la *crítica* de Renan y defendiendo la autenticidad e historicidad de los Evangelios. En modo alguno se trata de “un tejido de injurias” como afirmaba su apologético biógrafo Millepierres (François MILLEPIERRES, *La vie d’Ernest Renan, sage d’Occident*, Librairie Marcel Rivière, París, 1961, pág. 276). Para afirmar tal cosa es preciso no haberla leído.

lo que habría que haber resaltado es que la crítica a Renan no se hubiera *desatado* mucho antes, pues ya en 1849, en su ensayo sobre “Les historiens critiques de la vie de Jésus”, publicado en dos entregas en *La Liberté de penser*, había afirmado que los Evangelios eran meras leyendas y había negado la divinidad de Cristo, en quien había que distinguir “el héroe real” y “el héroe ideal” (52).

Tanto la *Vida de Jesús*, primera entrega de *Los orígenes del cristianismo*, como esta obra, carecían en absoluto de rigor científico auténtico, como en aquellos mismos años de su publicación demostraron, entre otros muchos, Freppel (53), Guetée (54), Gratry (55) o Palous (56). Como se escribió inmediatamente (57) y lo expresó años más tarde Renard, en realidad, Renan no demuestra como pasaron las cosas sino que expone como, en su opinión, pudieron haber pasado (58). No realizó un trabajo de historiador sino de artista, con el que la imaginación recrea, en el marco geográfico que contempló Renan en su viaje a Oriente, una historia novelada (59). Pocos años antes, su yerno, decía de su admirado Renan, que no había sido un sabio, sino que, “ante todo”, había sido “un escritor y un pensador, “un poeta” y que en

(52) E. RENAN, *Etudes d'histoire religieuse*, ed. cit., págs. 141, 144, 166 y *passim*.

(53) Charles Emile FREPPEL, *Examen critique de la Vie de Jésus de M. Renan*, Victor Palmé Editeur, 15ª ed., París, 1866.

(54) Wladimir GUETEE, *E. Renan devant la science ou Refutation de la Prétendue Vie de Jésus de M. E. Renan au triple point de vue de l'exégèse biblique, de la critique historique et de la philosophie*, Librairie de L'Union Chrétienne, 2ª ed., París, 1864.

(55) A. GRATRY, *Jesus Christ. Reponse a M. Renan*, Henri Plon, 2ª ed. París, 1864.

(56) J. P. PALOUS, *Divinité du Christianisme et Essais Critiques sur l'ouvrage antichrétien de M. Renan*, Imprimerie et Librairie Administratives de Paul Dupont, París, 1864.

(57) Entre los numerosísimos comentarios y críticas, Barbey D'Aureville, que años más tarde indicaría que había sido un error haber tomado en serio el cúmulo de bobadas escritas por Renan en la *Vida de Jesús*, el mismo año de la aparición de la obra destacaba que Renan no aportaba prueba alguna ni demostraba nada, habiendo compuesto su libro sobre la base de “un quizá universal” (Jules BARBEY D'AUREVILLE, *Philosophes et Ecrivains religieux et politiques*, Alphonse Lemerre Editeur, París, 1909, págs. 146-148; cit., pág. 148).

(58) E. RENARD, *Renan. Les etapes de sa pensée*, ed. cit., pág. 144.

(59) C. E. FREPPEL, *Examen critique...*, ed. cit., págs. 9, 20, 151; E. RENARD, *Renan. Les etapes de sa pensée*, ed. cit., págs. 145 y 205.

la *Vida de Jesús* “sólo la interpretación era nueva” (60). Buena parte de la crítica se cebó con Renan entrando a saco en sus *a peu-près* y *peut-être*, pues el anuncio de un *tal vez*, no significaba que hechos e historia hubieran sido como concluía Renan (61). Alfáric, en la obra que sacó a la luz los manuscritos de Renan para la elaboración de la *Vida de Jesús*, observó que su obra no era de crítica histórica, sino que su crítica era filosófica, que sus tesis no fueron producto de investigaciones personales, sino inspiradas en los autores recientes que había leído y que su libro sólo se puede entender como obra literaria, en la que no es Jesús a quien se nos presenta, sino que es el propio Renan el que se nos desvela (62). Tieghem señaló “la falta de rigor” del método de Renan, al distinguir en los hechos lo falso de lo verdadero, “no por razones de crítica rigurosa, sino de acuerdo a la idea que él mismo se hizo de Jesús”, y “respecto a la persona moral de Jesús”, elaborada por Renan, apreció “idéntica falta de rigor” (63).

No hace mucho, Millet observaba que Renan había hecho “una obra de arte que combina lo real, lo posible y lo probable”, una “Historia totalmente caracterizada por el modo condicional, los *quizás* y los *sin duda*”, de tal forma que la “Historia renaniana es también un alejamiento «hacia» la leyenda” (64). No es, pues, que “más de un siglo de controversias y de progreso inintermitido de investigación y reflexión han dado cumplida cuenta de todos los *errores* de Renan”, como si antes no se hubieran podido apreciar, como ha pretendido Pérez Gutiérrez (65) salvándolo en su época, sino que ya eran patentes cuando escribió la *Vida de Jesús*. Y quedará decepcionado quien, deseando conocer el alcan-

(60) J. PSICHARI, *Ernest Renan...*, ed. cit., págs. 15, 90, 138 y 139.

(61) M. J. LAGRANGE, *La Vie de Jésus d'après Renan*, Librairie Victor Lecoffre, J. Gabalda Editeur, 3ª ed., París, 1923, págs. 90, 99.

(62) Prosper ALFARIC, *Les Manuscrits de la “Vie de Jésus” d'Ernest Renan*, Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, Les Belles-Lettres, París, 1939, pág. LXII.

(63) P. VAN TIEGHEM, *Renan*, ed. cit., pág. 93.

(64) Claude MILLET, *Le légendaire au XIXe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1997, págs. 127 y 128.

(65) F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *Renan en España*, ed. cit., págs. 52-53.

ce y el rigor científico de las *Historias* de Renan, acuda a la obra de Dussaud (66). Su positivismo se limitaría a la fe en la ciencia, pues Renan era imaginativo y su actitud ante la historia se basaba en sentimientos y simpatías y en las impresiones que obtuvo durante su viaje a Palestina.

Con todo, no han faltado los que en su admiración hacia el escritor, como Faguet, han visto en su obra “un espíritu verdaderamente nuevo de tolerancia” (67), como Psichari (68), como Cresson (69), que, cuando no oculta los innumerables pasajes de Renan nada tolerantes, pasa sobre ellos como sobre ascuas, o como Mercury (70). No puede confundirse la forma en que Renan, con frecuencia, revestía sus ideas, con el significado de estas. Lo novedoso en Renan fue el estilo, y no el fondo, de su anticatolicismo. Con razón Mellor pudo escribir que “el veneno dulzarrón de Renan, contrasta, es cierto, con la violencia de la mayoría de los adversarios de la Iglesia que escribieron en esa época” (71).

Frente a tanta ignorancia producida por el catolicismo, Renan propondrá la panacea de la religión de la ciencia, sustitutiva de la religión (72): “Mi religión es siempre el progreso de la razón, es decir, de la ciencia” (73). De tal modo, que Tieghem pudo escribir que “la ciencia, como la considera Renan, es la razón deificada” (74). En 1890, en el prólogo de *L'avenir de la science*, escribía:

(66) Salvo en el progreso del estudio de las lenguas semitas, en epigrafía y en arqueología del Oriente próximo, respecto a lo que se indica algo, en lo que se refiere a la historia, Dussaud casi se limita a exponer, de forma resumida, la obra de Renan. Más concretamente, no aparece por parte alguna que hay de científico en la *Vie de Jésus* y en la *Histoire des origines du christianisme* (René DUSSAUD, *L'oeuvre scientifique d'Ernest Renan*, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, París, 1951, págs. 70-117).

(67) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série...*, ed. cit., pág. 378.

(68) J. PSICHARI, *Ernest Renan...*, ed. cit., pág. 90.

(69) A. CRESSON, *Ernest Renan. Sa vie, son oeuvre*, ed. cit., pág. 60.

(70) F. MERCURY, *Renan*, ed. cit., pág. 99.

(71) ALEC MELLOR, *Histoire de l'anticléricalisme français*, Mame, Tours, 1966, págs. 355-356.

(72) Cfr. Rodrigo FERNÁNDEZ-CARVAJAL, “Estudio preliminar”, en E. RENAN, *¿Qué es una nación?*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957, pág. 36.

(73) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 69.

(74) P. VAN TIEGHEM, *Renan*, ed. cit., pág. 63.

“Todo *se hace* en la humanidad y en la naturaleza, la creación no tiene sitio en la serie de efectos y de causas”; “es claro, ya (...) que no hubo jamás (...) ni revelación ni hecho sobrenatural” (75). Esta idea es central —“la clave de bóveda de toda su filosofía”, su “pie-dra angular”, según Weiler (76)—, y, desde que aparece, permanente en la obra de Renan hasta convertirse en una verdadera obsesión (77). En opinión de Brunetière, tal fórmula, la tomó del prólogo de Littré (1853) al libro de Strauss (78). No parece, sin embargo, que fuera así. Desde luego no lo fue respecto al significado que es anterior y se remonta a la ruptura con la Iglesia. Como observó Guitton, Renan abandona la fe católica porque para él, “el *devenir*”, “el cambio continuo de la verdad y del ser tiene el valor de un axioma. Este devenir de la verdad no puede conciliarse con el dogma. Es el dogma el que tiene que ceder” (79).

En carta a George Sand con motivo de la publicación de la *Vida de Jesús*, como quiera que a ésta le pareciera que no estaba suficientemente negada la divinidad de Jesucristo —debió leerla muy por encima—, le escribe: “creía mi pensamiento general suficientemente evidente. Habiendo repetido veinte veces que Dios no interviene en la naturaleza y en la historia con actos particulares, que todo lo que ocurre en la superficie de nuestro planeta e incluso en el universo experimentable, resulta de las leyes de la naturaleza y de la libertad del hombre, creía todo equívoco imposible” (80). Casi al final de su vida en su “Examen de conciencia philosophique” (1889) insistía en las mismas negaciones y en el rechazo del gobierno del mundo por un Dios Providente (81). Si Sand leyó la *Vida de Jesús* con detenimiento, no se entiende su reproche. Renan, escribía, entre otras cosas, que “los evangelios

(75) E. RENAN, *L'avenir...*, ed. cit., pág. 72.

(76) M. WEILER, *La pensée de Renan*, ed. cit., págs. 18 y 140.

(77) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. 24-28.

(78) Ferdinand BRUNETIERE, *Cinq lettres sur Ernest Renan*, Librairie Académique Perrin, 2ª ed., París, 1904, págs. 29-31, nota 1.

(79) J. GUITTON, *Renan et Newman*, ed. cit., págs. 133-134.

(80) E. RENAN, “Carta a George Sand de agosto de 1863”, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo X, pág. 381.

(81) E. RENAN, *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, págs. 1163-1164.

son en parte legendarios, ya que están llenos de milagros y de sobrenatural”, que son “biografías legendarias” y la Resurrección un “ciclo legendario”; que en el ambiente en que vivió Jesús el inexistente “orden sobrenatural (...) le pareció desde el principio perfectamente natural y simple”; que desconoció el progreso del mundo griego con su filosofía, en el que no había milagros, por lo que “aunque nacido en una época en la que el principio de la ciencia positiva ya se había proclamado, vivió inmerso en lo sobrenatural”; y que a la persona de Jesús se la puede llamar divina, no porque Jesús haya absorbido todo lo divino, o le haya sido adecuado (por emplear la expresión de la escolástica), sino en el sentido de que Jesús es el individuo que ha hecho dar a su especie el paso más grande hacia lo divino” (82). Ya en 1849 escribía que los Evangelios no eran más que *leyendas y relatos legendarios* (83). Es sorprendente, que todavía a mediados del siglo pasado, biógrafos de Renan se sorprendan del disgusto de los católicos por la *Vida de Jesús*, o que puedan afirmar que no es posible encontrar en esa obra “una afirmación concluyente contra la divinidad de Cristo” (84). Como observó Guetée, Renan “inventó un *justo medio* entre la verdad y el error. Un justo medio inexistente, pues, a pesar de sus habilidades, siempre habrá que volver a este dilema: o los Evangelios son relatos históricos o son novelas. En el primer caso hay que aceptarlos como son; en el segundo, hay que rechazarlos” y no pretender construir sobre la leyenda la vida de Jesús (85).

En realidad, en lugar de la fe católica, Renán proponía la fe en el progreso (86); en *L'avenir de la science*, manifestaba: “mi fe profunda en la razón y en el espíritu moderno” (87) y en el progreso

(82) E. RENAN, *Vie de Jésus*, Calmann-Lévy, París, 9ª ed., 1863, págs. XV, XLIV, V, 38, 40 y 457. La obra está llena de afirmaciones semejantes.

(83) E. RENAN, *Etudes d'histoire religieuse*, ed. cit., págs. 135, 144, 158.

(84) F. MILLEPIERRES, *La vie d'Ernest Renan...*, ed. cit., pág. 277.

(85) W. GUETEE, *E. Renan devant la science...*, ed. cit., págs. 93-98; cit. págs. 96-97. Cfr. M. J. LAGRANGE, *La Vie de Jésus d'après Renan*, ed. cit., págs. 61-69.

(86) Sobre esta cuestión, Keith GORE, *L'idée de progrès dans la pensée de Renan*, Editions A. G. Nizet, París, 1970.

(87) E. RENAN, *L'avenir...*, ed. cit., pág. 78.

de la humanidad (88). En expresión de Thibaudet, “traspasó a la ciencia parte de la fe de los sacerdotes de Tréguier” (89). Al fin y al cabo, nada extraño en quien creía o decía creer en la idea, “bien arraigada en mí —escribía—, que cada uno se hace su propia fe a su medida” (90). Este *profeta* de la desaparición del catolicismo (91), de la Iglesia, de las religiones “pretendidamente reveladas” (92) propugnaba para el advenimiento de tanta ventura un siglo de incredulidad: “Para que la humanidad cree una nueva creencia es necesario que destruya la antigua, lo que no se puede conseguir más que a través de un siglo de incredulidad y de inmoralidad especulativa” (93).

El léxico cristiano que Renan siguió empleando y que ha confundido a más de un lector, carecía de auténtico significado. Como lo expresó su nieta, “el uso de las palabras Dios, Dios Padre, nuestro Padre celestial, el seno de Dios”, “no era más que un decorado ficticio que disimulaba un espiritualismo cada vez más vago” (94). Tenía razón Guetée al afirmar que para Renan, *Dios o divina*, no eran más que palabras vacías de contenido (95). Guitton, a su vez, mostró con el análisis de algunas palabras utilizadas por Renan, que éste se servía de ellas para insinuar todo lo contrario de su significado (96). La crítica católica, sobre todo la de los obispos, advirtió el peligro que suponía su ateísmo revestido de un aparente lenguaje religioso (97). En cierto modo, si

(88) E. RENAN, *L'avenir...*, ed. cit., pág. 95.

(89) A. THIBAUDET, *Histoire de la littérature française de 1789 à nos jours*, Stock, Delamain et Boutellau, París, 1946, pág. 354.

(90) E. RENAN, prólogo a *Essais de morale et de critique* (1859), en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, pág. 15.

(91) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 44.

(92) E. RENAN, Prólogo a *Feuilles Détachées*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo II, págs. 943 y 945.

(93) Citado por H. MASSIS, *Jugements*, ed. cit., pág. 14.

(94) H. PSICHARI, *Renan d'après-lui-même*, ed. cit., pág. 274.

(95) W. GUETEE, *E. Renan devant la science...*, ed. cit., págs. 207 y 459.

(96) J. GUITTON, *Renan et Newman*, ed. cit., pág. 24.

(97) Charles PERRAUD, obispo de Autun, *A propos de la mort et des funérailles de M. Ernest Renan. Souvenirs et impressions*, H. Chapelliez et cie, 2ª ed., París, 1893, págs. 56-58.

Renan “excluyó a Dios de la historia, sin embargo, habló como si existiera” (98).

¿En qué creía Renan? Es difícil saberlo, si es que realmente tenía alguna creencia que fuera más allá de la fe en la ciencia y de la creencia en sí mismo. En cualquier caso, el orden de lo sobrenatural fue expresa y continuamente rechazado a lo largo de toda su vida. Sin embargo, continuó utilizando palabras y expresiones que, en su significado común, pudieron contribuir a que fuera considerado por diversos autores como un hombre religioso. Su aprecio por la religión no era más que aparente, pues en su pensamiento, la religión tiene un significado diferente del común. Así, en el prólogo de 1857 a sus *Estudios de historia religiosa*, escribía: “la religión es, desde luego, la más alta y la más interesante de las manifestaciones de la naturaleza humana; entre todos los géneros de poesía, es la que alcanza mejor el objeto esencial del arte, que es elevar por encima de la vida vulgar y despertar en él el sentimiento de su origen celeste” (99). “Lejos de conducir a la negación —continuaba poco después—, la historia filosófica de las religiones, al mostrarnos la fe constante de la humanidad en un principio celeste y en un orden supremo, lleva a la fe; no a esa fe que materializa su objeto en símbolos groseros, sino en esa fe que, por creer en el ideal, no necesita creer en lo sobrenatural” (100). Pocos años antes había escrito: “La religión es la parte del ideal en la vida humana” (101). ¿Qué es el ideal? Quizás el cumplimiento del deber o el conjunto de los sentimientos más altos que el hombre encuentra en sí mismo. Algo, en todo caso, inmanente al universo y cuya razón de ser está en el mismo hombre. Para Renan, un cientifismo sin base real, indemostrable, ocupaba el lugar de la fe: “ese infinito vivo y fecundo que la ciencia de la naturaleza y de la historia nos muestra presidiendo en el espacio sin límites un desarrollo cada vez más intenso” (102). A pesar de este *ídolo* que

(98) M. J. LAGRANGE, *La Vie de Jésus d'après Renan*, ed. cit., pág. 13.

(99) E. RENAN, *Études d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 15.

(100) E. RENAN, *Études d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 27.

(101) E. RENAN, *Études d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 35.

(102) E. RENAN, *Études d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 632.

fabrica Renan, constituido por el ideal, no han faltado los que le han considerado un filósofo (103), ni quienes, empezando por su mujer (104), han insistido en que no dejó de ser cristiano aunque rechazara los dogmas. Y es rizar el rizo del despropósito pretender que la “teología” de los *Diálogos* “pudo entonces ser considerada como todavía católica, y hoy la tendríamos ya como tal de buena gana” (105).

¿A qué se refería en sus frecuentes alusiones a Dios como la siguiente?: “Para adorar a Dios no necesitamos milagros ni oraciones interesadas. Mientras haya una fibra en el corazón humano para vibrar al son de todo lo que es justo y honesto (...) Dios vivirá en nosotros” (106). Desde luego, no al Dios de los cristianos, al verdadero Dios, al que niega y considera arbitrario: “EL hombre no depende de un dueño caprichoso que le hace vivir, morir, prosperar, sufrir. Sin embargo, depende del conjunto del universo, que tiene una finalidad y hace converger todo a esa finalidad” (107).

“Cuando Dios sea al mismo tiempo perfecto y todopoderoso, es decir, cuando la omnipotencia científica esté concentrada en las manos de un ser bueno y recto —escribe en otro lugar—, enton-

(103) Así, entre otros muchos, los ya citados Peyre y Cresson. En la exposición acrítica de éste último, su filosofía se reduce a historia de la ciencia, la metodología a experimentación sobre las fuentes con exclusión inicial de toda posibilidad de milagro y al método crítico que, apoyado en la erudición, resulta ser una fe en el ideal proclamado por Renan (A. CRESSON, *Ernest Renan. Sa vie, son oeuvre*, ed. cit., págs. 35-47).

En realidad, Renan no fue, realmente, un filósofo. Como puso de relieve Allier (Raoul ALLIER, *La philosophie d'Ernest Renan*, Felix Alcan, 3ª ed., París, 1906) hace más de cien años, para Renan todo sistema filosófico es tan cierto como falso (pág. 46), rechazaba la metafísica (pág. 49), consideraba que la filosofía no era una ciencia en sí, sino un aspecto de cada una de las ciencias (págs. 50-51) y que entra en la categoría del arte (pág. 55). Estimaba que la filosofía, en cuanto tal, carecía de utilidad, pues no hay ninguna que supere el marco histórico y social en el que surge, por lo que sólo tiene interés la historia de la filosofía (págs. 66-69) y la ciencia de cualquier materia es su historia (pág. 74). Por ello, Allier indicaba que para Renan “la filosofía no es otra cosa que el aliño de las ciencias; consiste en conducir a una unidad inteligible y provisional los elementos recogidos por las investigaciones particulares” de las ciencias (pág. 72).

(104) Véase la cita en F. MERCURY, *Renan*, ed. cit., pág. 412.

(105) F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *Renan en España*, ed. cit., pág. 59.

(106) E. RENAN, *Etudes d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 645.

(107) E. RENAN, *Etudes d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 318.

ces este ser querrá resucitar el pasado para reparar las innumerables iniquidades que se cometieron. Dios existirá cada vez más y cuanto más exista más justo será” (108). Este tipo de expresiones, frecuentes en la obra de Renan, en las que se niega lo que se afirma y se afirma lo que se niega permite suscribir, parcialmente, la crítica de Lemaître cuando indicaba que en su prosa hay un “encantador galimatías” (109), en cuanto a lo ininteligible de ellas.

Como advirtió Pommier, para Renan, la palabra Dios, adquiere diversos significados —ninguno de ellos expresivo de su realidad—, pues a veces es “una idea”, “una mera palabra”, “la sublimación de nuestras aspiraciones más altas” (110); es “inmanente al universo” y como éste no es estático “es el *devenir* universal” que “se hace con él” (111). Como indicó Guitton, Renan “concibió el cambio como indefinido y eterno, que no es otra cosa que la misma vida divina”, de modo que “Dios no es el origen de ese cambio ni tampoco su término”, sino que “ese devenir universal es Dios” (112). En otras ocasiones, continúa Pommier, para Renan, Dios es la naturaleza, el universo, el todo absoluto, la realidad de las cosas, la historia, la razón, la razón del mundo, el alma del mundo, la idea, el genio del hombre genial, la virtud del hombre virtuoso, la bondad del alma sensible (113). Antistius, el sacerdote de Nemi, imaginado por Renan en los albores de la formación de Roma, liberal y ateo, se expresa así: “Los dioses son una injuria a Dios. Dios será, a su vez, una injuria a lo divino. Los dioses son caprichosos, egoístas, limitados. El Dios único que los absorberá será frecuentemente caprichoso, egoísta, limitado. Se mata a los hombres por los dioses particulares, nacidos del malentendido y del contrasentido. Se matará a los hombres por el Dios único, surgido de una primera aplicación de la razón. La acción

(108) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. 111-112.

(109) Jules LEMAITRE, *Les contemporains. Etudes et portraits littéraires, Première Série*, Librairie H. Lecène et Oudin, París, 1886, pág. 212.

(110) Jean POMMIER, *La pensée religieuse de Renan*, F. Rieder et Cie Editeurs, París, 1925, págs. 15, 18 y 16.

(111) J. POMMIER, *La pensée religieuse de Renan*, ed. cit., págs. 18-20.

(112) J. GUITTON, *Renan et Newman*, ed. cit., pág. 135.

(113) J. POMMIER, *La pensée religieuse de Renan*, ed. cit., pág. 22.

particular que el vulgo atribuye a los dioses, una teología pretendidamente ilustrada la atribuirá más tarde a Dios. No, no, Dios no actúa más que los dioses por voluntades particulares. Rezarle es inútil” (114).

Ni que decir tiene que Renan no creía en el alma, que no es más que, como observó Pommier, “la conciencia a la vez psicológica y moral; y su inmortalidad no es otra cosa que su facultad de escapar al tiempo y al espacio con el acto del pensamiento” (115). Para Renan no hay resurrección y la inmortalidad se reduce a la inmortalidad de la obra realizada y al recuerdo que se deja (116): “la vida del individuo es corta, pero la memoria de los hombres es eterna y es en esa memoria donde se vive realmente. Lo importante para el hombre es lo que se dice después de su muerte; sacrificarse a su reputación es un cálculo sabio” (117). En relación a su muerte su yerno dijo que falleció “en una incredulidad total” y afirmó que el día anterior a su tránsito manifestó: “se que una vez muerto no quedará nada de mi; ¡se que ya no seré nada! ¡nada! ¡nada!” (118).

Sainte-Beuve que estimó que “la palabra *Dios* es para él el signo representativo de todas las bellas y supremas ideas que la humanidad concibe, por las que se exalta y a las que adora”, sin embargo, a mi juicio erróneamente, creyó percibir en su obra un “deísmo latente” (119). No son pocos los autores que se empeñan en decir que Renan era un hombre sumamente religioso y en presentarlo de ese modo, algunos de ellos ya citados en estas páginas. Representativo de tal tendencia es el ensayo de Paganelli en el que Renan era religioso “porque se toma la vida en serio y cree en la santidad de las cosas”, y, sin solución de continuidad, añade: “Adora a su manera”. En su opinión, mostró “una búsqueda sin

(114) E. RENAN, *Le prêtre de Nemi*, en *Oeuvres Complètes*, Calmann-Lévy, París, 1949, tomo III, págs. 552-553.

(115) J. POMMIER, *La pensée religieuse de Renan*, ed. cit., pág. 51.

(116) J. POMMIER, *La pensée religieuse de Renan*, ed. cit., págs. 68, 70-71 y 71-74.

(117) Citado por J. PSICHARI, *Ernest Renan...*, ed. cit., pág. 174.

(118) J. PSICHARI, *Ernest Renan...*, ed. cit., págs. 78 y 254.

(119) SAINTE-BEUVE, *Nouveaux Lundis*, Calmann Lévy, 6ª ed., París, 1883, tomo 2º, págs. 405 y 406.

fin de lo divino”; no fue ateo, sino “auténtico continuador de Jesús”; fue “un sacerdote sin sotana”, “sumiso a una fe que no es otra cosa que la razón humana” (120). Sólo cambiando el sentido de las palabras caben tales afirmaciones. ¿Qué religiosidad, qué de divino, qué religión, qué fe o qué Dios cuando se concluye: “Clérigo sin Iglesia, pero no sin Dios, Renan no es ni creyente ni ateo; su fe es inmanente a su ciencia y a su conciencia y se llama la religión del Futuro y de la Humanidad” (121)?

La lectura de Victor Cousin y de Madame de Staël, en quienes bebió la admiración al pensamiento alemán, kantiano, leibniziano y, especialmente, hegeliano, fue determinante en su afirmación de la ruptura religiosa (122). Claro que, si le hiciéramos absolutamente caso, sería muy difícil determinar sus maestros: El 12 de junio de 1848 le escribía a Michelet (123) que “nadie ocupa en mi pensamiento tanto sitio como usted, nadie representa de modo más íntimo las reflexiones que forman mi alimento habitual” (124); tres años antes, el 2 de mayo de 1845, le había escrito a su madre que asistía a los cursos del Colegio de Francia y que sus lecciones no eran tan malas como se decía, pues entre las treinta, tan sólo dos lo eran, las de “los señores Michelet y Quinet, que no son más que declamaciones continuas contra todo lo que hay de santo y respetable. ¡Que Dios me guarde de manchar mis oídos abriéndolos a tales calumnias y a tales blasfemias” (125). El 25 de septiembre de ese mismo año le decía a Cousin: “Considero un deber al comienzo de mi carrera ofrecer mis respetos al que debo mi vocación filosófica y cuyos escritos han ejercido en mi pensamiento tan gran influencia” (126); a finales del mismo año le

(120) Don Sauveur PAGANELLI, *Ernest Renan*, Ateliers Henri Peladan, Uzès, 1966, págs. 40, 41, 59, 60, 120 y 121.

(121) D. S. PAGANELLI, *Ernest Renan*, ed. cit., pág. 128.

(122) Edouard RICHARD, *Ernest Renan, penseur tradicionaliste?*, Presses Universitaires d’Aix-Marseille, Aix en Provence, 1996, págs. 50-57.

(123) Me ocupé de Michelet en E. CANTERO, “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Jules Michelet”, *Verbo*, núm. 437-438, agosto-septiembre-octubre 2005, págs. 641-659.

(124) E. RENAN, en *Oeuvres Complètes. Tome X, Correspondance. 1845-1892*, edición de Henriette Psichari, Calmann-Lévy, París, 1961, pág. 50.

(125) E. RENAN, *Lettres du Séminaire*, Calmann-Lévy, París, 1902, pág. 250.

(126) E. RENAN, en *Oeuvres Complètes. Tome X*, ed. cit., pág. 51.

escribe a Alejandro Humboldt: “Sus obras y las de vuestro noble hermano son de las que más han influido en la dirección de mi pensamiento y decidido mi vocación a la ciencia filosófica” (127). A Sainte-Beuve, el 23 de agosto de 1853, le manifestaba: “(...) la profunda influencia que habéis ejercido en mi educación intelectual. Rebuscando los orígenes de mi pensamiento, me parece que os debo lo que hay más esencial en mi modo de concebir y sentir. Es esta una paternidad, señor, que os interesará bien poco y que os está permitido negar; sin embargo, mi conciencia no me engaña cuando me recuerda la influencia que me produjo la lectura de vuestros escritos, y cuanto contribuye ron a sustituir al fin dogmático y abstracto que hasta entonces seguía, la investigación histórica y crítica, que es la verdadera filosofía de nuestro tiempo” (128). Bien es verdad que Renan estaba en los comienzos de su andadura y a los cuatro, a los que entonces no conocía personalmente, les pedía algo.

Renan, como otros muchos escritores de su siglo, no fue ajeno al deseo de intervenir directamente en la política, y así, en 1869 se presenta a las elecciones en el partido liberal de Émile Ollivier, pero sin éxito (129), y en las senatoriales de 1876 con el mismo resultado (130). Según Tieghem y Weiler, entre medias se había presentado a las de la Asamblea Nacional de febrero de 1871 y a las complementarias de julio con idéntico fracaso (131). A juicio de Maurras, que le apreciaba por su crítica a la Revolución y a la democracia, tal fracaso le curó de su democratismo (132). Sin embargo, esa cura no fue, tampoco, total ni permanente. En carta a Berthelot, de 17 de agosto de 1879, Renan se refería a la obra

(127) E. RENAN, en *Oeuvres Complètes. Tome X*, ed. cit., pág. 53.

(128) E. RENAN, en *Oeuvres Complètes. Tome X*, ed. cit., págs. 129-130.

(129) C. CHAUVIN, *Renan (1823-1892)*, ed. cit., pág. 58; F. MILLEPIERRES, *La vie d'Ernest Renan...*, ed. cit., págs. 310-312.

Sus cartas escritas con motivo de su candidatura muestran un Renan optimista que creía que sería elegido (E. RENAN, *Oeuvres Complètes*, ed. cit., tomo X, págs. 497-504).

(130) G. MONOD, *Les maîtres de l'histoire...*, ed. cit., pág. 4.

(131) P. VAN TIEGHEM, *Renan*, ed. cit., pág. 126; M. WEILER, *La pensée de Renan*, ed. cit., pág. 117.

(132) Charles MAURRAS, *Dictionnaire politique et critique*, A la Cité des Livres, París, 1933, tomo IV, pág. 384, col. 2ª.

de Taine en estos términos: “Casi todo es cierto en los detalles, pero es un cuarto de la verdad. Muestra que todo fue triste, horrible, vergonzoso; habría que mostrar, al mismo tiempo, que también fue grandioso, heroico, sublime (...). Sería preciso no disimular nada, mostrar lo absurdo y lo ridículo al lado de lo admirable; que el cuadro fuera semejante a la realidad y estaríamos seguros de que se habría hecho la obra más notable que jamás se haya hecho” (133).

Políticamente (134) fue, sustancialmente, un liberal elitista —perode un elitismo no natural sino soberbio— y conservador de los principios revolucionarios ya impuestos, según se expresa en esta frase de 1884: “El Estado, concebido al modo moderno, como una simple garantía de orden para el ejercicio de la actividad individual” (135). Pero según su incondicional admirador y apologeta Boulanger, Renan era un conservador del poder establecido, pues identificaba el poder político con la fuerza y estimaba que el poder triunfante siempre tenía razón (136); y aunque negara su egoísmo, ¿cabe algo más egoísta y menos solidario que su actitud acomodaticia? Pues según Boulanger, Renan “se acomodaría perfectamente con la tiranía siempre que le permitiera pensar a su antojo” (137).

Renan no fue paradigma de convicciones o, al menos de juicios y opiniones firmes (138), salvo en lo que se refiere a su incre-

(133) Cit. en Eric GASPARIANI, *La pensée politique d'Hippolyte Taine: entre traditionalisme et libéralisme*, Presses Universitaires d'Aix-Marseille, Aix en Provence, 1993, pág. 209, nota 338.

(134) Meyer al ocuparse de sus ideas políticas, mostrando su sucesiva versatilidad —aunque a su juicio sin que ello entrañe contradicción de su pensamiento, lo que ya es difícil de salvar—, concluye que la nota predominante fue la del liberalismo (Eugène MEYER, *La Philosophie Politique de Renan*, Boivin et Cie, París, s.f., pero debe ser de 1923 por la alusión a su próximo centenario, pág. 187).

(135) E. RENAN, *Études d'histoire religieuse*, ed. cit., pág. 314.

(136) Jacques BOULANGER, *Renan et ses critiques*, Editions du Siècle, 7ª ed., París, 1925, pág. 141.

(137) J. BOULANGER, *Renan et ses critiques*, ed. cit., pág. 146.

(138) Sobre las oscilaciones del pensamiento de Renan, hasta el punto de haber sido reivindicado tanto por la derecha como por la izquierda políticas, véase E. RICHARD, *Ernest Renan, penseur traditionaliste?*, ed. cit.; sobre su crítica a la Revolución francesa, págs. 123-154; sobre su final aceptación de la República y la herencia de la Revolución, págs. 297-305.

dulidad, a su racionalismo anticatólico; fue fiel “a la negación de lo sobrenatural, incluida la existencia de un Dios diferente del mundo” (139). En efecto, no sólo cambió su opinión respecto a su admirada Alemania después de la derrota de Sedán, como puede verse en *La réforme intellectuelle et morale*, sino también respecto a cuestiones tan importantes como la Revolución de 1789, o su valoración de Voltaire, que, tras etapas contradictorias, terminaría por consagrar como glorias de Francia (140). Su nieta, que se esforzó en mostrar lo profundamente valioso del pensamiento de su abuelo, y que, a su juicio, fue tergiversado “por sus enemigos”, anotó en el prólogo del libro que le dedicó: “El pensamiento de Renan, tan perfectamente expresado en sus obras y tan imperfectamente explicado por sus comentaristas”. Desde luego, la obra de Renan no sólo es contradictoria en juicios —separados o no varios años entre sí— sobre cosas o acontecimientos, sino que en muchos aspectos adolece de falta de claridad, lo que no es extraño en quien, con orgullo, se preciaba en decir: “nadie sabe lo que pienso” (141). Y el reproche de la nieta a esos comentaristas que no supieron comprenderle, resulta chocante cuando ella misma explica que “la imposibilidad de aclarar si la forma literaria expresa un sentimiento verdaderamente sentido es cada vez más evidente conforme crece la maestría del escritor” (142).

Con todo, lo más característico del pensamiento de Renan no fue su crítica *histórica* —que no era otra cosa que *opiniones* carentes de base científica, como la crítica católica demostró inapelablemente en innumerables obras, entre las que destaca la del que sería nombrado Obispo de Angers en 1870 (143)—, ni su preten-

(139) M. J. LAGRANGE, *La Vie de Jésus d'après Renan*, Librairie Victor Lecoffre, J. Gabalda Editeur, 3ª ed., París, 1923, pág. 10.

(140) La falta de espíritu crítico le ha impedido a Balcou, que ha estudiado la cuestión, efectuar un análisis objetivo y profundo, que hubiera puesto de relieve la inconsistencia del pretendido fundamento científico del pensamiento de Renan. Véase, J. BALCOU, *Renan, un celté rationaliste*, ed. cit., págs. 113-141.

(141) Citado por H. PSICHARI, *Renan d'après-lui-même*, ed. cit., pág. 141.

(142) H. PSICHARI, *Renan d'après-lui-même*, ed. cit., pág. 275.

(143) C. E. FREPPEL, *Examen critique de la Vie de Jésus de M. Renan*, ed. cit.

dida filosofía de la historia —amalgama inestable de finalismo, determinismo y liberalismo elitista (144), en la que el universo camina hacia una meta “misteriosa”, hacia una “conciencia”, hasta lograr la “organización” de la humanidad y de Dios (145)—; lo más esencial de su pensamiento fue su anticatolicismo, su ateísmo, la negación de la Providencia. Su positivismo, su cientifismo y su “filosofía” del progreso (146) tenían como finalidad una construcción *filosófica, científica* en la que no tuviera cabida —por innecesaria— la religión católica. El estudio que Pommier dedicó a su “religiosidad”, más allá de cualquier intención con la que fuera escrito, pone de relieve este aspecto sistemático de toda la producción de Renan (147).

Su antidemocratismo, circunstancial o sincero, da lo mismo, a pesar de que por ello haya sido reclamado como maestro de cierto pensamiento contrarrevolucionario —especialmente por la *Acción Francesa* (148)—, resulta ser anecdótico y, quizá, consecuencia de sus lucubraciones sobre los “espíritus superiores” a los que creía pertenecer, y a lo que más adelante me referiré (149). Sin embargo, me parece justo recordar que Maurras rechazó como de escaso valor los *Orígenes del cristianismo*, en especial, la *Vida de Jesús* tampoco le apreció, sino todo lo contrario, en cuanto libe-

(144) Véase Harold W. WARDMAN, *Renan, historien philosophe*, C.D.U et SEDES, París, 1979, págs. 24, 40-41, 46, 54, 67-71 y E. RICHARD, *Ernest Renan...*, ed. cit., págs. 67-95.

(145) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. 49, 70-71, 77 y *passim*.

(146) Una síntesis en castellano de su pensamiento filosófico en Teófilo URDANOZ, O.P., *Historia de la Filosofía*, BAC, Madrid, 1975, volumen V, págs. 348-353.

(147) Jean POMMIER, *La pensée religieuse de Renan*, ed. cit.

(148) Véase E. RICHARD, *Ernest Renan...*, ed. cit., págs. 319-331.

(149) En el tradicionalismo político español, Vegas Latapie, probablemente por influencia de Maurras, le citó con cierta frecuencia en apoyo de tesis contrarrevolucionarias, como crítico del socialismo y de la democracia y como defensor de la monarquía, pero sin considerarle representante de la contrarrevolución ni del pensamiento tradicional (Eugenio VEGAS LATAPIE, *Consideraciones sobre la democracia*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1965, págs. 195-196; *Romanticismo y democracia*, Cultura Española, Santander, 1938, págs. 137, 139-140, 186). El único volumen que citó de Renan fue el correspondiente a *La réforme intellectuelle et morale*. En la conversación era sumamente crítico con la *Vida de Jesús* de Renan, que recomendaba que no se leyera.

ral, ni por todo lo que su obra expresa de protestante, germánico o romántico; tan sólo le reivindicó por su “crítica rigurosa de la Revolución y de la democracia” y por la *Reforme intellectuelle* (150). La reivindicación de Renan como uno de “los maestros de la contrarrevolución” hecha por Dimier (151) en Acción Francesa, me parece traída por los pelos y su argumentación la más débil de la obra, y creo que debe mucho al hecho de que Renan escribiera: “Corrijámonos de la democracia. Restablezcamos la realeza” (152). Se incurre en el error de querer combatir la democracia con la acumulación de “autoridades”, tanto mejores si son, en algún modo, “conversas”, como si ese cambio fuera fruto de una reflexión, tanto más profunda y difícil, y por ello, tanto más valiosa, cuanto más alejado se hubiera estado del nuevo pensamiento, con lo que los argumentos ahora esgrimidos parece que adquieren mayor fuerza. Todo hay que decirlo, años más tarde, cuando Dimier había abandonado la *Acción Francesa*, mostraría su escaso aprecio por Renan (153).

La mayor influencia de Renan, aunque imposible de cuantificar, fue de otra índole, tal como observó la crítica católica: “Numerosos intelectuales se separaron del catolicismo y otros muchos no franquearon el umbral, seducidos y deprimidos por el pensamiento renaniano” (154). En realidad, esa influencia negativa fue mayor, pues no alcanzó sólo a los intelectuales, sino que ejerció “una influencia demoleadora en la fe de innumerables lectores” (155), razón por la que la Iglesia le consideró peligroso (156). Sin embargo, no han faltado, tampoco, quienes han

(150) Charles MAURRAS, *La démocratie religieuse*, Nouvelles Éditions Latines, París, 1978, págs. 492-493, 493 y 493-501.

(151) Louis DIMIER, *Les maîtres de la Contre-Révolution au dix-neuvième siècle*, Librairie des Saints-Pères, París, 1907, págs. 209-230.

(152) E. RENAN, *La réforme intellectuelle et morale*, ed., cit., pág. 65.

(153) L. DIMIER, *Vingt ans d'Action Française et autres souvenirs*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1926, pág. 223.

(154) Pierre GUILLOUX, *L'Esprit de Renan*, J. De Gigord, París, 1920, pág. 388.

(155) T. URDANOZ, O. P., *Historia de la Filosofía*, ed. cit., pág. 349.

(156) Todavía, transcurridos cuarenta y cinco años desde la aparición de la *Vida de Jesús* y dieciséis desde la muerte de Renan, en su refutación de la objeción positivista a los milagros, Leroy centraba su análisis en las afirmaciones de Renan (Is. LEROY, *La Constatación del Milagro et l'Objection Positiviste*, Bloud et Cie., París, 1908).

indicado que la influencia de Renan fue favorable para la Iglesia y para el cristianismo, como fue el caso de Albalat (157), que no fue único, aunque él mismo reconoció que “no es menos cierto que la *Vida de Jesús* contribuyó de forma singular a destruir la fe religiosa de las nuevas generaciones”, así como que “los espíritus verdaderamente cristianos tuvieron mucha razón al escandalizarse” (158). Renan fue aplaudido y celebrado, sobre todo, por sus ataques a la religión católica y a la Iglesia. Todavía en 1992 se escribía que Renan “sigue siendo un gran nombre del siglo XIX, principalmente porque encarna la batalla del racionalismo contra la Iglesia” (159).

También en Renan el orgullo y la soberbia pueden explicar algunas cosas, como indicó Massis (160) y, antes y después de él, otros autores más o menos críticos de la obra de Renan, como Cognat, para el que “el único rasgo culminante e inmutable de su carácter” era “el sentimiento, que no le abandonará nunca, de la supereminencia de su espíritu y de su genio crítico”, al tiempo que tenía “la convicción de que sus contradictores se equivocan y de que él siempre tiene razón” (161); como Lemaître, para el que “Renan se siente soberanamente inteligente como Cleopatra se sentía soberanamente bella”, al tiempo que “se siente superior a casi todos sus contemporáneos”, y “es el primero que disfruta con el renanismo” (162); como Fremont, que, en su pequeño folleto, había señalado “su amor insensato de la gloria y su orgullo personal sin límites” (163); como Brunetière que alude a su “inconmensurable orgullo” (164); como Guilloux, para el que fue extre-

(157) Antoine ALBALAT, *La Vie de Jésus d'Ernest Renan*, Société Française d'Éditions Littéraires et Techniques, París, 1933, pág. 126.

(158) A. ALBALAT, *La Vie de Jésus d'Ernest Renan*, ed. cit., pág. 129.

(159) J. BALCOU, “La sensibilité bretonne et celtique de Renan ou Renan romantique”, en Jean BALCOU (coord.), *Ernest Renan et les souvenirs d'enfance et de jeunesse: la conquête de soi*, ed. cit., págs. 21-36, cit, pág. 21.

(160) H. MASSIS, *Jugements*, ed. cit., pág. 9.

(161) J. COGNAT, *M. Renan. Hier et aujourd'hui*, ed. cit., pág. 30.

(162) J. LEMAITRE, *Les contemporains. Études et portraits littéraires*, Première Série, ed. cit., pág. 211.

(163) Georges FREMONT, *Que l'orgueil de l'esprit est le grand écueil de la foi: Théodore Jouffroy, Lamennais, Ernest Renan*, Bloud et Barral, París, 1899, pág. 53.

(164) F. BRUNETIERE, *Cinq lettres sur Ernest Renan*, ed. cit., pág. 53.

madamente egoísta y ambicioso (165) y dedicó un capítulo de su obra “al adorador del yo” (166); como Séailles, para el que “su ambición es ser el hombre del siglo, despejar su pensamiento, construir la filosofía” (167); como Renard que destacó su “orgullo vanidoso” y su egoísmo (168); o, incluso, como Pommier, que no dejó de consignar que, en San Sulpicio, en 1843, “no era precisamente humilde”, pensaba que la mayoría de los hombres eran “papanatas”, “conoció el orgullo y la vanidad” y, poco después, “soñaba con la gloria”; y que, a mediados de 1844, el hecho de “haberse ganado la estima de sus superiores y compañeros contribuyó a que permaneciera en San Sulpicio” (169); y hasta Balcou, que se refiere a la “complacencia de sí mismo” que tenía Renan (170).

Ese orgullo y esa soberbia, ¿no explicarán que, en quien la duda (171), al menos aparente, era recurrente, no cambiara en nada de su inicial negación substancial? Porque, según se percibe en su obra, y han advertido diversos autores (172), incluida su nieta (173), “todo el pensamiento de Renan estuvo determinado por las directivas de sus veinticinco años” (174).

(165) P. GUILLOUX, *L'Esprit de Renan*, ed. cit., págs. 176, 183, 373.

(166) P. GUILLOUX, *L'Esprit de Renan*, ed. cit., págs. 201-217.

(167) Gabriel SEAILLES, *Ernest Renan: essai de biographie psychologique*, Perrin, París, 2ª ed, 1923, pág. VII.

(168) E. RENARD, *Renan. Les étapes de sa pensée*, ed. cit., págs. 23 y 26.

(169) J. POMMIER, *La jeunesse cléricale...*, ed. cit., págs. 216, 217, 228, 262 y 228.

(170) J. BALCOU, “La passion autobiographique chez Renan”, en Jean BALCOU (coord.), *Ernest Renan et les souvenirs d'enfance et de jeunesse: la conquête de soi*, ed. cit., págs. 7-15, cit., pág. 10.

(171) La complacencia en la duda, que Fraisse destaca en la obra de Renan, no es suficiente para eliminar su incredulidad escéptica que le llevó a la negación de Dios (Simone FRAISSE, “Le Dieu de Renan”, en Jean BALCOU (coord.), *Ernest Renan et les souvenirs d'enfance et de jeunesse: la conquête de soi*, ed. cit., págs. 107-124).

(172) Como ejemplo de crítica inconsecuente con la crítica a Renan, Boulanger reprochaba a Massis no haber tenido en cuenta más que la obra de juventud de Renan, pero sin embargo, sostenía que Renan “no sólo no cambió en los aspectos esenciales, si no que desde su juventud tenía la mayor parte de sus temas” (J. BOULANGER, *Renan et ses critiques*, ed. cit., pág. 238).

(173) H. PSICHARI, *Renan d'après-lui-même*, ed. cit., pág. 268.

(174) Quizá ese fuera el motivo por el que, como advirtió Gore, a pesar de que Renan variara algunas de sus ideas conforme se desarrollaban los acontecimientos, sobre todo los políticos, fuera casi impermeable al pensamiento que sus contemporáneos desarrollaron en Francia (K. GORE, *L'idée de progrès dans la pensée de Renan*, ed. cit., págs. 293-294).

En el excelente libro de Chaix-Ruy, aflora, por doquier, la ambición, la obsesión por la gloria y el orgullo de Renan (175). Se trataba de un orgullo de la razón, de un orgullo intelectual, de un orgullo de su inteligencia, de su *yo*, que le llevó a rechazar lo que estaba viendo al estudiar el cristianismo: que sólo siendo Dios era posible explicar la vida de Jesús. A juicio de Chaix-Ruy, durante su primer viaje a Italia, en 1850, pudo estar a punto de recuperar la fe, “pero no se entregó. No supo renunciar a lo que llamaba el espíritu crítico y fue a través de ideas preconcebidas como se le apareció el cristianismo” (176). A análoga conclusión había llegado Guilloux (177).

¿No sería que su orgullo intelectual le incapacitaba para contemplar la verdad e ir más allá del deleite que le proporcionaba su propio pensar? A juicio de Parigot, se trataba de un egoísmo intelectual en virtud del cual, Renan “se complace en el pensamiento más que en el objeto del pensamiento” (178).

Esta conducta, que partía de ideas preconcebidas, fue permanente, aunque, en ocasiones, le provocara una gran angustia. Chaix-Ruy ha puesto de relieve que, siendo tan enorme la dificultad para obviar la resurrección de Cristo en el pasaje evangélico que muestra la inicial incredulidad de Tomás, Renan escamotea cualquier explicación al tratar dicho hecho, pues su comentario se reduce a indicar que “el Apóstol Tomás, que no estaba en la reunión del domingo por la noche, manifestó que tenía algo de envidia a los que habían visto las marcas de la lanza y de los clavos. Se dice que ocho días más tarde se quedó satisfecho” (179).

Lasserre apuntó que su inicial malestar en San Nicolás de Chardonet tenía mucho que ver con su decepción por los resultados académicos de los primeros meses —pronto superada al alcanzar buenas calificaciones—, que tuvo un precoz deseo de triunfar y de alcanzar el éxito (180); y Balcou interpretó que su

(175) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., págs. 77, 250, 280, 492-493, *passim*.

(176) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., pág. 138.

(177) P. GUILLOUX, *L'Esprit de Renan*, ed. cit., pág. 12.

(178) Hippolyte PARIGOT, *Renan. L'égoïsme intellectuel*, Ernest Flammarion, París, s/f, pág. 146.

(179) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., pág. 277.

(180) P. LASSERRE, *La jeunesse d'Ernest Renan...*, tomo I, ed. cit., pág. 237.

renuncia en 1847 al puesto de profesor de secundaria en Vendôme se debió a que, ya entonces, aspiraba a suceder a Quetremère en la cátedra del Colegio de Francia (181). Buscó la fama, la gloria, como dijo, desde muy joven. En sus *recuerdos* manifiesta que algunas noches no dormía: “Hugo y Lamartine me llenaban la cabeza. Comprendí la gloria que había buscado tan vagamente bajo la bóveda de la iglesia de Tréguier. Al cabo de algún tiempo una cosa totalmente desconocida se me manifestó. Las palabras talento, gloria, reputación, tuvieron un sentido para mí. Había perdido el ideal modesto que mis antiguos maestros me habían inculcado; estaba metido en un mar en el que todas las tempestades, todas las corrientes del siglo, tenían su rebote. Estaba escrito que estas corrientes y estas tempestades llevarían mi barca hacia las orillas en las que mis antiguos amigos me verían desembarcar con terror” (182).

A pesar de su conducta, que consideraba ejemplar, dice que Dios le tracionó (183). Se consideraba “el Júpiter Olímpico, el hombre espiritual que juzga todo y al que nadie puede juzgar” (184). Su acusado *yoísmo* le permitía decir de sí mismo: “Soy super egoísta, cerrado en mi mismo y me burlo de todo” (185). Como advierte Massis (186), fue autor de su propia leyenda, conforme a la cual fue el estudio de la historia y la crítica lo que le hizo abandonar el catolicismo. Sin embargo, como advirtió Thibaudet, en su obras su imaginación iba mucho más lejos que lo permitido por la documentación histórica (187). Tal abandono estaba justificado en tan elevado espíritu intelectual, puesto que, justificativamente, escribía: “la fe está siempre en proporción inversa al vigor del espíritu y de la cultura intelectual” (188); y es que “pocas personas tienen derecho a no creer en el cristianismo”,

(181) J. BALCOU, *Renan...*, ed. cit., págs. 75-76 y 77.

(182) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 129.

(183) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 187.

(184) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 233.

(185) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 232.

(186) H. MASSIS, *Jugements*, ed. cit., pág. 61.

(187) A. THIBAUDET, *Histoire de...*, ed. cit., pág. 357.

(188) Citado por H. MASSIS, *Jugements*, ed. cit., pág. 74.

pues hay que estudiar mucho para ello (189). Por tal motivo, tenía que haber dos clases de católicos y el catolicismo debía evolucionar en tal sentido: “es deseable una reforma liberal del catolicismo (...) Que la Iglesia admita dos categorías de creyentes, los que se aferran a la letra y los partidarios del espíritu. A un cierto grado de cultura racional, la creencia en lo sobrenatural es, para muchos, imposible; no obliguéis a esos a llevar una envoltura de plomo” (190). Para Renan la humanidad se dividía en los hombres superiores, a los que naturalmente pertenecía, y una masa mediocre: “El hombre *útil* se da en la proporción de uno por un millón” (191).

Como quiera que fuera, por orgullo o por otros motivos, el caso es que se inventó una *filosofía* “religiosa” a su medida (192), a su mayor gloria y a la de los que, como él, constituían espíritus superiores al resto de la humanidad, a fin de corregir la obra divina y superar la humillación que entrañaba una religión en la que nos sabemos pendientes de Dios y sujetos a su voluntad.

En *L'avenir*, obra de juventud pero publicada en su ancianidad, refleja su sentir vital durante todo ese tiempo. Ahí podemos leer pasajes como estos: “Parece natural creer que la *gracia* viene de lo alto; no ha sido hasta mucho más tarde que se ha descubierto que sale del fondo de la conciencia” (193); “la religión del bien, en el cristianismo”, “es una especie de *sujeción* humillante para la dignidad humana; porque la realización del bien moral ya no es una obediencia a las leyes impuestas, como la realización de lo bello en una obra de arte no es la ejecución de determinadas reglas” (194). Ese bien moral, en su plenitud, sólo será accesible a

(189) E. RENAN, *Souvenirs...*, pág. 107.

(190) E. RENAN, *La réforme intellectuelle...*, ed. cit., pág. 98.

(191) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. 67.

(192) Constituye un abuso de la palabra y del concepto considerar verdadera religión los despropósitos de Renan. Sin embargo, no han sido pocos los que, como Kaplan, al estudiar la cuestión, no se refieren a la religión de Renan en sentido figurado, sino en su significado real (F. KAPLAN, “Du Dieu d’Abraham, d’Isaac et de Jacob au Dieu en devenir”, ed. cit.).

(193) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 92.

(194) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., págs. 82-83.

los espíritus científicamente superiores, como veíamos; de momento continuemos con su obra reformadora: “El dogma que hay que mantener a toda costa, es que la razón tiene como finalidad reformar la sociedad conforme a sus principios, lo que no atenta, en absoluto, a la Providencia, corregir su obra mediante esfuerzos razonados” (195). Así, finalmente, en un estadio sucesivo y superior, se podrá “organizar científicamente la humanidad” y se conseguirá “hacer a Dios perfecto”, pues la razón “después de haber organizado la humanidad, organizará a Dios” (196). Así, se produce la sustitución de Dios por la deificación de la humanidad por sí misma (197).

Para Renan no bastaba prescindir de la religión sino que era precisa su sustitución: “la ciencia no tiene valor más que en cuanto puede reemplazar a la religión” (198). El empeño de Renan en tal cambio era obsesivo, pues repetía reiteradamente. “La ciencia es una religión (...); sólo la ciencia puede resolver al hombre los eternos problemas que su naturaleza exige imperiosamente solución” (199). En los *Dramas filosóficos*, en los que se postula esa nueva religión, que no merece, más que impropriamente ese nombre, la oración se identifica con la especulación. Es Próspero quien dice: “La oración, mejor dicho, la especulación racional, es la meta del mundo; el trabajo material es el siervo del trabajo espiritual. Todo debe ayudar al que reza, es decir, al que piensa” (200). El fin que se proponía, se expresa en frases como la siguiente: “Para nosotros, idealistas, una sola doctrina es cierta, la doctrina trascendental según la cual el fin de la humanidad es la constitución de una conciencia superior, o, como se decía antes, «la mayor gloria de Dios»” (201). La pretensión, no era, ciertamente, peque-

(195) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 101.

(196) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 106.

(197) Lasserre entiende que tal expresión es el resultado de la “total conciencia de sí misma” de la humanidad (P. LASSERRE, *Renan et nous*, ed. cit., págs. 196-197).

(198) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 94.

(199) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 166.

(200) E. RENAN, *L'eau de Jouvence*, en *Oeuvres Complètes*, Calmann-Lévy, París, 1949, tomo III, pág. 489.

(201) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 74.

ña: “Un ideal que sea para el futuro lo que ha sido Cristo desde hace 1800 años” (202). El drama de los héroes de los *Dramas filosóficos*, de Próspero (203), de Antistius (204), de Arcy (205) y de la abadesa de Jouarre (206), todos ellos defensores de esa nueva religión sin Dios ni culto, consiste, como indicó Gouhier, en que quienes contar con la iglesia a la que pertenecen para realizar ese cambio (207); así, “el futuro de la ciencia”, llega a ser el porvenir de la religión (208). Su ambición no era, tampoco, escasa. Según uno de sus admiradores, Balcou, Renan “se propuso ser el Lutero de su época” (209).

Renan consideraba que la religión católica era cosa de gente inculta, o de quienes, sin serlo, no meditaban suficientemente el absurdo de su creencia, que una mente sabia y científica no podía admitir, como lo expresa la frase anteriormente transcrita, sobre la razón inversa entre la fe y la inteligencia más despierta, y la creencia en los milagros: “El hombre ignorante admite la existencia de seres sobrenaturales que intervienen directamente en las cosas de este mundo y se imagina que dirigiéndose a ellos y suplicándoles puede obtener una acción benéfica a medida de sus deseos”; y añade, rotundo: “pero jamás se ha visto que haya surtido efecto una súplica de tal naturaleza” (210). En cambio, los seres superiores tenían acceso directo al estadio superior de perfección racional, religiosa y moral: “La religión racional no es accesible más que a unos pocos” (211), ya que “la perfección en el estado actual de la sociedad sólo es posible a muy pocos hombres” (212). A su

(202) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 86.

(203) E. RENAN, *L'eau de Jouvence*, ed. cit., págs. 508-509.

(204) E. RENAN, *Le Prêtre de Nemi*, ed. cit., pág. 590.

(205) E. RENAN, *L'Abbesse de Jouarre*, en *Oeuvres Complètes*, Calmann-Lévy, París, 1949, tomo III, pág. 628.

(206) E. RENAN, *L'Abbesse de Jouarre*, ed. cit., págs. 632 y 671.

(207) Henri GOUHIER, *Renan auteur dramatique*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1972, pág. 102.

(208) H. GOUHIER, *Renan auteur dramatique*, ed. cit., pág. 103.

(209) J. BALCOU, “La passion autobiographique chez Renan”, cit., pág. 7.

(210) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. 25.

(211) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 345.

(212) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 346.

juicio, como había escrito en sus *Diálogos filosóficos*, publicados en 1876, “el objetivo de la Naturaleza no es que todos los hombres vean y conozcan lo verdadero, sino que lo verdadero sea visto por algunos y que la tradición lo conserve (...). ¡Qué importa que los millares de seres ignorantes que habitan el planeta desconozcan o nieguen la ciencia para que los inteligentes la vean y adoren!” No es necesario, para la plena existencia de la razón, que el mundo entero la perciba” (213).

No han faltado autores que han indicado que no debe atribuirse a Renan lo que dicen los cuatro personajes de estos *Diálogos*, como ya había indicado Renan (214). En efecto, Renan escribía en el prefacio: “me resigno de antemano a la injusticia de hacerme participe de las opiniones profesadas por mis interlocutores (...), no tengo ninguna solidaridad con mis personajes, y que por lo tanto no debo compartir ninguna responsabilidad por las opiniones expresadas” (215). Pero, entonces, ¿cómo es posible que con esa obra, totalmente dialogada, pudiera decir: que pretendía “reflexionar sobre mis creencias filosóficas”? Y, sobre todo, ¿cómo es posible poder afirmar: “me servirían para expresar mi propio sentimiento” (216)? Además, los *Diálogos* contienen, no sólo ideas de Renan vertidas en otras obras, sino frases casi literales, como las relativas a la imposibilidad de los milagros o a la organización de Dios (217). Finalmente, el conjunto de esta obra no desentona con el resto de su producción (218).

Años antes, en coherencia con lo escrito en *L'Avenir de la science*, había escrito en el prólogo de 1859 a sus *Essais de morale et de critique*, algo muy similar, que muestra el arraigo y la persistencia de la idea de la existencia de unos hombres *superiores*: “Sé

(213) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. 84, 85 y 86.

(214) Bernardo GONZÁLEZ ARRILI, *Renan* (1971), Depalma, Buenos Aires, 1984, pág. 133.

(215) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. VIII.

(216) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. VII y VIII.

(217) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., págs. 24-28 y 49, 70-71 y 77.

(218) Pero incluso aunque se prescindiera de esta obra para indagar el pensamiento de su autor, lo que resulta ridículo, no afectaría para nada al discurso que desarrollo en estas páginas.

que esta fe en las verdades superiores, liberada de los símbolos con que las religiones la han revestido, no contentará, nunca, a la mayoría de los hombres (...). La Humanidad tiene el espíritu estrecho; sus juicios son siempre parciales, el número de los hombres capaces de comprender con finura las verdaderas analogías de las cosas es imperceptible” (219). Para Renan “el fin de la humanidad es producir grandes hombres, y esta gran obra se cumplirá por la ciencia, no por la democracia” (220). En ese elitismo antinatural, “lo esencial —continúa Renan— no es producir grandes masas, sino producir genios y público capaz de comprenderlos. Si la ignorancia de las masas es una condición necesaria para que todo ello se produzca, tanto peor”. “En estas coordinaciones providenciales no hay víctimas, desde luego. Todos sirven a los fines superiores” (221).

El punto final de tanta maravilla es el que había logrado alcanzar el mismísimo Renan, a quien, sin reticencia, según su propia manifestación, habría que calificar de perfecto: “Yo, que soy educado, no encuentro mal en mí, y, espontáneamente, en toda ocasión, me dirijo a lo que me parece mejor. Si todos estuvieran igual de instruidos que yo, estarían, como yo, en la feliz imposibilidad de hacer el mal” (222). No se trata de nada extraordinario, sino de algo sencillo, consecuencia natural del verdadero conocimiento científico: “el hombre *educado* no tiene más que seguir la deliciosa inclinación de su impulso íntimo; podría adoptar la divisa de San Agustín: «Haz lo que *quiera*»; ya que no puede querer más que cosas bellas” (223). Tanto orgullo (224), fue la causa, en mi opinión, de que no admitiera el pecado original ni, por tanto, la necesidad de la redención (225). De ahí, quizás, tam-

(219) E. RENAN, *Oeuvres Complètes*, 1948, tomo II, pág. 14.

(220) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. 88.

(221) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. 89.

(222) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., pág. 374.

(223) E. RENAN, *L'avenir de la science*, ed. cit., págs. 374-375.

(224) A pesar de todo lo escrito por Renan, buena parte de quienes se han ocupado de Renan, en general de forma apologética, han negado que fuera orgulloso, siendo esta una falsa apreciación, hecha por sus enemigos; como muestra, A. ALBALAT, *La Vie de Jésus d'Ernest Renan*, ed. cit., pág. 156.

(225) Recuerda tal negativa J. BALCOU, *Renan...*, ed. cit., pág. 14.

bién, su concepción volteriana de la oración de petición: “El rezo interesado, la súplica por la cual un ser finito busca sustituir su voluntad por la del ser infinito, es inadmisibles. Yo la rechazo y la juzgo como una especie de injuria que se hace, inocentemente tal vez, a la Divinidad (...). Se trata de corromper a Dios con regalos insignificantes” (226).

Diversos autores, muchas veces en obras escritas a la mayor gloria de Renan, en el cual quizá pretendieron verse como en un espejo, han alabado la moralidad de Renan, tanto en su vivencia personal como en su fundamento teórico. Así, Weiler, para el que Renan tuvo el acierto de “preservar la moral al separarla de unos dogmas que ya no se sostienen” (227). Pero al desligar la moral de la religión católica y prescindir, al mismo tiempo, de la ley natural, no queda más fundamento, en el caso de Renan, que su propio yo. ¿Y qué moral será esa sólo asequible a los hombres superiores? Una moral inalcanzable para la humanidad es evidente que carece de todo fundamento.

En sus *Dramas filosóficos* también se muestra esta desagradable faceta de Renan. Próspero, el hombre de la ciencia y de la razón, le dice a Gotescalc, que había indicado que era preciso moralizar a las masas: “La moralidad debe reservarse para los que tienen una misión como nosotros. El que ocupa un puesto aparte en la humanidad se debe imponer, en correspondencia de sus privilegios, deberes austeros, un género de vida sujeto a reglas difíciles. Pero la pobre gente, la gente ordinaria ¡quía! Son pobres y encima queréis que sean virtuosos. ¡Es exigir demasiado! ¡Eh! ¡Dios mio! Su parte no es la peor. Sólo los simples se divierten. Ahora bien, divertirse es una forma inferior, un modo real, sin embargo, de alcanzar el propósito de la vida” (228).

Es también Próspero quien pontifica que “la virtud es una apuesta, una satisfacción personal, que se puede abrazar como un partido generoso; ¿pero quién se atrevería a aconsejarla a

(226) E. RENAN, *Diálogos filosóficos*, ed. cit., pág. 24.

(227) M. WEILER, *La pensée de Renan*, ed. cit., pág. 208.

(228) E. RENAN, *L'eau de Jouvence*, en *Oeuvres Complètes*, Calmann-Lévy, París, 1949, tomo III, pág. 478.

otro?” (229). Y poco después: “Siempre hay que seguir las decisión más virtuosa, sin estar seguros de que la virtud no sea más que una palabra” (230).

Chaix-Ruy ha mostrado que la deriva de Renan fue acentuándose hasta, por una parte, llegar al ateísmo total en 1878 (231), y por otra parte, fue incrementándose su escepticismo hasta abarcar la moral (232) y caer en el esteticismo (233). Ya en su *Prière sur l'Acropole* había dicho: “Una filosofía, perversa sin duda, me ha llevado a creer que el bien y el mal, el placer y el dolor, lo bello y lo feo, la razón y la locura se transforman unos en otros mediante matices tan indiscernibles como el cuello de la paloma” (234). ¿Lo creía, realmente?

¿Fueron el estudio y el conocimiento científico los que determinaron su giro religioso o, más bien, la hipertrofia del yo, la megalomanía y el egocentrismo, características de su personalidad apuntadas por Chauvin (235), a pesar de que su obra es una apología a la mayor gloria de Renan?

(229) E. RENAN, *L'eau de Jouvence*, ed. cit., pág. 481.

(230) E. RENAN, *L'eau de Jouvence*, ed. cit., pág. 482.

(231) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., págs. 412-413.

(232) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., pág. 310.

(233) J. CHAIX-RUY, *Ernest Renan*, ed. cit., pág. 402.

Allier había indicado que el ideal de Renan “es puramente estético” y que la religión es absorbida por el arte (R. ALLIER, *La philosophie d'Ernest Renan*, ed. cit., págs. 156 y 157).

(234) E. RENAN, en *Souvenirs*, ed. cit., págs. 78-79.

(235) C. CHAUVIN, *Renan*, ed. cit., pág. 104.